

¿Tenemos un cuerpo adecuado?
Una aportación de Santo Tomás de Aquino al problema de la
antropogénesis

Iñigo Bilbao Uriarte
Colegio Gaztelueta

Resumen

La historia arrastra conflictos entre la ciencia, la filosofía y la religión desde tiempos inmemoriales. El problema, que es de entendimiento entre las partes, radica en que cada una de esos tres modos de saber se declare como único y absoluto conocedor de la verdad. De esta forma, los tres modos de conocimiento daban distintas conclusiones a las preguntas fundamentales del hombre. En realidad, cada uno de ellos se ha “especializado” en un campo, en una dimensión de la realidad, que es el hombre. Tanto es así que no pueden negarse unas a otras, sino que deben complementarse, porque cada una estudia un aspecto del hombre.

Para hallar dicha complementación se debe aceptar que el hombre posee una dimensión espiritual. El hecho de que exista la inmaterialidad en nuestro mundo se deduce de muchos y distintos argumentos, como por ejemplo, las herramientas, los enterramientos y la educación. El verdadero problema reside en cómo es posible la presencia de lo inmaterial en este mundo material. Para responder esta cuestión, Sto. Tomás concluye que el cuerpo humano es adecuado a su alma, ya que es el más perfecto de los cuerpos, y que estamos en mitad entre los seres inconscientes y la divinidad. Algo similar se ve en la teoría de la gran cadena del ser, de Lovejoy.

De este modo, el pensamiento tomista nos ayuda a comprender cómo hay representaciones de nuestra espiritualidad en nuestro cuerpo: en las manos y en la razón. Las manos, como propone Aristóteles, son órgano de órganos, son herramientas, y como tales, su potencialidad (su poder ser) es infinito. El ejemplo del martillo es muy claro en éste aspecto: el martillo martillea siempre, es universal en su uso, sirve para clavar infinitos clavos. Es, en definitiva, un instrumento.

¿Tenemos un cuerpo adecuado?

Agradecimientos

A Javier Aranguren, profesor en la utópica Gaztelueta, un especial 'gracias' por enseñarme el camino de la filosofía y de la razón.

Y a mis padres, que por su esfuerzo y trabajo, estoy donde estoy.

Índice:

- 1– Introducción
- 2– Ciencia, filosofía y religión
 - 2.1 El problema del cientificismo
 - 2.2 Presencias inmateriales
 - 2.3 La lucha de los saberes
- 3– Inmaterialidad
 - 3.1 Herramientas
 - 3.2 Enterramientos
 - 3.3 Educación
- 4– La aportación tomista
- 5– Conclusión
- 6– Bibliografía

1– Introducción

A lo largo de su historia, el hombre se ha preguntado por el mundo, la realidad, y por sí mismo; por su origen y su fin. Éstas son las principales preguntas a las que tratan de responder tres modos de saber: la *ciencia positiva*, la *filosofía* y la *religión* que a veces parecen condenadas a enfrentarse.

La religión siempre ha afirmado que el hombre no es sólo un animal, sino que es un ser espiritual. Y que ese espíritu que “habita” en el hombre es causado por un *Ser superior*. En cambio, muchas teorías puramente científicas, como el *evolucionismo*, explican la evolución del hombre, desde homínido hasta el actual *Homo Sapiens*, pero no su dimensión espiritual, por el simple hecho de que son diferentes ámbitos de la realidad y de que el *espíritu* no puede observarse en un laboratorio.

Se ha tratado, sin demasiado éxito, de resolver el dilema que generan éstas preguntas. Son preguntas “perennes”. El propósito de este trabajo es hacer ver que el hombre, dentro de sí mismo, tiene un espíritu, y que por tanto no es sólo biología, con lo cual no puede ser estudiado exclusivamente como animal. Explicar esta afirmación del pasado siglo XIII de la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino es el fin del presente trabajo.

2– Ciencia, filosofía y religión

2.1 El problema del cientificismo

¿Cuál es nuestro origen? Esa es la pregunta que tratan la ciencia positiva (biología, paleontología, etc.), la filosofía y la religión. Tres modos de saber que a lo largo de la historia se han preguntado lo mismo llegando a distinta conclusión. ¿Por qué? Sencillamente, porque cada una de ellas estudia una dimensión distinta de la realidad. Es decir, sus razonamientos y enfoques, sus perspectivas.

La ciencia es empírica, se propone una hipótesis que se caracteriza por la falsabilidad (contrastación experimental). Hay datos que corroboran el razonamiento propuesto. Es universal: el mismo problema tiene que llevar a la misma conclusión en cualquier parte del mundo, sea realizado por quién sea. La ciencia es objetiva, segura, permite formular predicciones comprobables, tiene carácter progresivo y sirve de base para obtener aplicaciones útiles. En una palabra, da fiabilidad.

Pero hay un peligro, creer que la imagen del hombre y del mundo no tiene cabida para realidades espirituales (naturalismo cientificista), porque, como consecuencia, se afirma que el hombre es un simple animal, sólo material. Para sostener el naturalismo cientificista habría que reducir al hombre a un conjunto de reacciones bioquímicas que pueden, efectivamente, ser explicadas por la ciencia. El problema reside en el reduccionismo. No se puede reducir al ser humano a bioquímica, porque quitas (no estudias) gran parte de él (el arte, la creación de belleza, el drama, la amistad, el amor).

¿Cuál es el problema? Que la ciencia sólo estudia la realidad en cuanto ésta es perceptible, medible y verificable. Pero, ¿acaba ahí? No, si afirmamos que hay cosas inmateriales en el mundo, entonces hay una dimensión entera de la realidad que la ciencia no puede estudiar por las limitaciones de su propio método empírico, por tanto no puede llegar a desmentirla, porque, ¿cómo desmentir que hay algo inmaterial, si sólo estudias lo material? No puedes tachar de falsa la suposición de una dimensión inmaterial, porque ésta no es ni medible ni tiene una extensión ni está sujeta al tiempo (características de lo material). Incluso cabe

¿Tenemos un cuerpo adecuado?

preguntarse si la frase “sólo es verdadero lo empíricamente verificable” es una sentencia empíricamente verificable o también, como en el caso, es una afirmación metaempírica (metafísica) y, por lo tanto, más espiritual que material (cf. Aranguren, *Antropología*, pp. 16-20).

2.2 Presencias inmateriales

Hay muchos ejemplos de lo inmaterial. Desde la belleza de un cuadro o un poema, a la fuerza de la amistad y del amor. ¿Es el amor algo inmaterial? Quién afirme que es un conjunto de reacciones bioquímicas y lo reduzca a eso lo empobrece. El amor, o los sentimientos mismos, son inmateriales. Estás dispuesto a sufrir por amor, voluntariamente. Esto, el amar y el sufrir por amor, son características del hombre. Ningún animal se hace daño a sí mismo voluntariamente, porque por supervivencia, rehuyen el dolor. ¿Se puede reducir al hombre a un conjunto de reacciones bioquímicas? Si lo redujésemos, ¿sería diferente a los animales? No, porque bioquímicamente hablando, los animales y el hombre son muy parecidos. “El reduccionismo pretendía explicar todo lo que se encuentra en los niveles superiores por medio de una deducción lógica a partir de los inferiores, mientras que hay que subrayar la existencia de auténticas novedades en cada nivel superior con respecto a su inferior, apelando al concepto de *emergencia*. Esto es, que los nuevos niveles son emergentes, llevan consigo una novedad respecto a los inferiores. ¿Qué ocurriría si se redujera? Que dichas novedades desaparecerían, no las estudiarías, y por tanto no comprenderías plenamente la realidad” (cf. Artigas, p. 65).

2.3 La lucha de los saberes

La filosofía, ciencia y religión han estado a lo largo de la historia del hombre en perpetua batalla. John F. Haught expresa muy bien la falta de entendimiento clasificándolo en cuatro partes: conflicto, contraste, contacto y confirmación (cf. Haught).

1. Se piensa que la religión es totalmente opuesta a la ciencia (*conflicto*).
2. Se muestra que son tan diferentes que un conflicto entre ellas es lógicamente imposible (*contraste*).
3. Se ven las implicaciones de la ciencia en la religión y viceversa (*contacto*).

4. Se subrayan los modos sutiles pero significativos en los cuales la religión apoya positivamente la aventura de la investigación científica (*confirmación de la búsqueda científica de la verdad*).

Ciencia y religión se caracterizan porque la primera es empírica y la segunda trata la realidad espiritual del hombre. La ciencia está delimitada por pautas espacio-temporales. Sin embargo, la religión no puede ser contrastada ni con datos empíricos ni experimentos. De manera que la religión no puede ser desmentida por la ciencia, ni viceversa. “Como sea que cualquiera de ellas entrara en conflicto con los principios de la razón, momento en el que la religión y la ciencia se convertirían en fanatismo” (cf. Juan Pablo II, cap. 1 y 2). Es decir, ambas se deben complementar porque para comprender la realidad en sí son necesarios todos los modos de saber.

Por otra parte, religión y filosofía han estado a lo largo de la historia en desacuerdo en varios puntos. Sobre todo, en la defensa de algunos filósofos del agnosticismo o del ateísmo. En cuanto al hombre, ambos modos de conocimiento están prácticamente de acuerdo, afirmando que es superior a los animales. Si bien ambos modos de saber se centran en el hombre, pueden llegar a no coincidir, la religión perdiendo la racionalidad, o la filosofía cayendo en un racionalismo que no aceptase la realidad del *misterio*, de lo superracional.

En conclusión, ciencia, filosofía y religión no se pueden negar una a la otra, porque cada una estudia una perspectiva. Por ejemplo, la ciencia experimental se basa en unos supuestos filosóficos que son retrojustificados, ampliados y precisados por el ulterior progreso científico (cf. Artigas; pp. 66-70). Así, la ciencia estudia la bioquímica, biología y fisiología del hombre, sin embargo la filosofía estudia al hombre como unidad, sus acciones y las repercusiones de éstas, y se pregunta sobre el sentido de su vida. La religión, por otra parte, le instruye en su relación con Dios y el modo en que Éste entra en contacto con el hombre (revelación) y responde a la cuestión del destino (salvación). En otras palabras, que un objeto (el hombre) es estudiado desde múltiples perspectivas: desde la medicina (bioquímica, fisiología...), la filosofía, la teología, etc.

3. Inmaterialidad

¿Existe algo inmaterial en nuestro mundo? Para justificar una respuesta afirmativa sobre la existencia de lo inmaterial, expondré tres argumentos: las *herramientas*, los *enterramientos* y la *educación*.

3.1 Herramientas

Una de las principales cosas que hacen que veamos la inmaterialidad son las herramientas. ¿Por qué? Porque la herramienta es lo que podría llevar un “universal concreto” (cf. Polo, pp 195-196). Por ejemplo, un martillo. El martillo es “en general”. El martillo “martillea”: ha sido hecho con la idea de que clave cualquier clavo de cualquier mesa y por lo tanto, en la mente del artífice, y en el mismo martillo, se ha ido más allá del carácter concreto de los individuos del mundo físico para tener la existencia *abstracta* de cualquier herramienta: mientras que una cosa es “esta” flor, el martillo clava en general cualquier clavo. Es algo así como un concepto hecho de materia. Pero lo universal no existe en el mundo físico: es algo propio del ámbito del espíritu. Debemos tener una idea de martillo, de mesa, que sea universal, de tal modo que nos permita identificar y fabricar esos objetos.

Las herramientas son universales, una de ellas no sólo sirve para una cosa concreta, apretar una tuerca concreta, sino que sirve para apretar todas las tuercas. Si el medio no fuera universal, no se entendería como medio, y no se produciría ni se sabría utilizar. Un instrumento realiza su acción indefinidamente, es universal en su uso. En conclusión, el único capaz de hacer o fabricar herramientas es el hombre y resulta que en él también existe lo universal, lo espiritual (inmaterial). Pero, ¿no son todos los martillos materiales? Efectivamente, son materiales porque los fabricamos con materia. Sin embargo, tenemos una idea, noción o concepto de martillo, que hace que al fabricar un martillo, éste sirva de instrumento, es decir, que sirva para todos los clavos, que no tenga una función concreta.

¿Por qué lo universal es inmaterial? Porque la materia no puede ser universal. Lo universal es entendido como lo que no tiene extensión, (es infinito). Sin embargo, lo material sí tiene una determinada extensión

y está influido por el tiempo, pero en contraposición, lo universal “es siempre”. Los hombres envejecemos, las flores se agostan, pero el martillar del martillo permanece.

Es más, hay más factores que demuestran la inmaterialidad en nuestro mundo, como el propio pensamiento, que es inmaterial. El pensar que se piensa, *cogito me cogitare* (cf. L. Polo) no es material. Es reflexión. Cabe preguntarse ¿y por qué no es material la reflexión? Porque al pensamiento, nunca se le ha encontrado una justificación científica, mejor dicho, una cabida. Es decir, ¿donde está el pensamiento? ¿el pensamiento envejece? ¿sufre cambios de temperatura? Éstas, aunque burdas preguntas, irónicamente lo resuelven. Es más, si yo pienso sobre mi propio pensar, estoy objetivando, me estoy separando de la realidad para estudiarla. Si soy capaz de objetivar, esto no es material, porque sencillamente lo material no se separa de lo material, y menos para estudiarlo.

3.2 Enterramientos

Por otra parte, y como otro de los argumentos que hacen plausible la idea de espiritualidad, están los enterramientos. Ya los *Homo neanderthalensis*, hace 230.000 años, enterraban a sus muertos. ¿Por qué? La única respuesta posible es porque llegaron a la conclusión (el final de una deducción, es decir, estaban dotados de inteligencia) de que había algo especial, algo superior a ellos en el hombre, en ellos mismos (que quizá pensasen que se marcharía del cuerpo, que no todo el individuo moría con la muerte y que por eso se hacía necesario conservar su cuerpo y su memoria) y por tanto lo veneraban enterrándolo. ¿Qué sentido tiene enterrar a los muertos, si no es porque quieres venerar *algo*? Según la RAE, venerar es: 1) *Respetar en sumo grado a alguien por su santidad, dignidad o grandes virtudes, o a algo por lo que representa o recuerda;* 2) *Dar culto a Dios, a los santos o a las cosas sagradas.* Es decir, que ellos creían que algo de ellos perduraba, que había algo que honrar a la hora de la muerte, que en ellos mismos se daba “*lo sagrado*”.

Con los enterramientos, el uso de herramientas y la estrategia a la hora de la caza (formaban grupos que emboscaban a los animales y los atacaban todos juntos, bajo el principio de “la unión hace la fuerza”), va surgiendo la inteligencia. También se observa la estrategia en unas huellas, 69 para ser exactos, de un antecesor *Homo*, en las que algunas están superpuestas a otras intencionalmente, lo que se ha interpretado de modos muy diversos: uno de ellos, como una estrategia para no dejar

¿Tenemos un cuerpo adecuado?

rastros (cf. Turbón; p 46).

¿Cómo surge la inteligencia? ¿de pronto? ¿es una evolución? No lo sabemos con certeza. Lo que sí sabemos es que la inteligencia no fue una causa del ensanchamiento encefálico, porque fue el uso de herramientas y la estrategia lo que llevó a este ensanchamiento. Aproximadamente, hacia el 2.500.000 a.C. el uso de herramientas para romper los huesos y comer el tuétano que se encontraba en ellos fue causa del crecimiento encefálico, ya que el tuétano es rico en nutrientes y de alto valor energético (cf. Documental *El Origen del hombre*, cap 4). Los primeros homínidos de los que se tiene constancia del uso de herramientas son los *Homo habilis*.

Pero la inteligencia se da antes, es decir, hay que ser inteligente para fabricar herramientas. Por tanto, y siendo la inteligencia algo inmaterial, ¿cómo fue posible que en el hombre se diese algo inmaterial? No tiene ningún sentido que algo inmaterial “habite” de pronto en el hombre. Teniendo en cuenta que algo inmaterial sólo puede ser causado por algo inmaterial, si vamos remontándonos hacia atrás en esta cadena, llegamos a que hay un ente inmaterial o Ser superior, que posee su propio ser, que no es causado, pero que es causa de nuestra inteligencia. La conclusión es que este otro ente inmaterial quiso crear o creó esa inteligencia. Pero, ¿por qué la inteligencia no puede venir de la evolución meramente biológica del mono? Porque, sencillamente, la inteligencia es inmaterial y nada material puede causar algo inmaterial. De algo menos perfecto no surge algo más perfecto.

En conclusión, los enterramientos demuestran una cierta religiosidad. Éstos “traslucen una aguda autoconciencia y una preocupación por el espíritu humano” (cf. Leaky and Lewin, p.125). Los entierros neandertales tienen elementos humanísticos y ritualistas, con el cadáver colocado en una posición durmiente o fetal, con la cabeza apuntando al oeste y los pies al este. Es más, algunos restos han sido encontrados con animales colocados en las manos o el cuerpo, junto con un ocre rojo, un pigmento de color posiblemente utilizado en rituales. “Parece ser que ayudaban a los muertos en su camino a la otra vida con comida y herramientas” (cf. Howell, p.130).

3.3 Educación

Otro campo de prueba de la presencia de lo espiritual es la educación. Considérese desde el punto de vista biológico. En la

evolución, el encéfalo del hombre ha ido creciendo y, al mismo tiempo, su infancia se ha ido haciendo cada vez más larga. En otras palabras, cuanto más evolucionado es el hombre, más desvalido es biológicamente. *Arnold Gehlen*, en su obra de 1940 “El hombre” afirmaba que el hombre es un animal biológicamente inviable. ¿Qué animal resistiría una infancia de 10 o 15 años? ¿una ausencia de instintos tan drástica? Fijémonos en las manos. ¿Para que sirven? Antes, los homínidos prehistóricos eran capaces de trepar gracias a una gran fuerza y a que su mano se parecía más a la de los primates. Es decir, no podían realizar el movimiento de pinza entre los dedos pulgar e índice, que en la naturaleza no sirve para absolutamente nada (cf. Turbón; p. 113-116).

Si la mano evolucionada, biológicamente es cada vez más inviable, ¿no nos deberíamos haber extinguido? Si cada vez nuestro período no sólo de gestación, sino de indefensa infancia es más largo, ¿no seríamos la especie más débil? Esto va en contra de la *selección natural* de Darwin: no ha sobrevivido quién se ha adaptado mejor al medio porque nosotros, biológicamente, nos hemos digamos, “retrasado”. ¿Cómo es posible nuestra supervivencia? Gracias a que trascendemos nuestra biología, nuestro cuerpo, por medio de la cultura y las herramientas. Las manos no son ni cascos, ni garras. Pero podemos fabricar herramientas que lo hagan por nosotros. No son cascos, pero hemos fabricado coches. No son garras pero fabricamos armas. Pero debe quedar claro que esto no ha sido adaptación al medio, sino que lo hemos adaptado a nosotros: humanizamos el paisaje, lo cultivamos (lo hacemos *cultura*), lo sometemos. El hombre convierte la tierra en mundo, llena las cosas con lo que Hegel llamaba “espíritu objetivo”. Es capaz de dar a las cosas más posibilidades que ellas no tenían por sí mismas. Y esto demuestra que el hombre está más allá de las cosas: las ve desde fuera, las lleva a desarrollos impensables para ellas. Todo esto ha sido gracias a la inteligencia. ¿Por qué? Porque somos la especie más débil, pero al ser inteligentes, fabricamos herramientas para nuestra supervivencia. Una especie animal débil, moriría. Nos salva la inteligencia. En suma, los humanos, en vez de adaptarse al medio en sentido biológico, cambian de medio y lo cambian a su conveniencia.

4. La aportación tomista

Pero, ¿ha sido ésto un descubrimiento de la moderna antropología? Sí y no. Gehlen, antes que Scheller (en su libro “El lugar del hombre en el mundo”) o Plessner (“La risa y el llanto”), proponen éstas ideas como planteamiento revolucionario. Pero en realidad ya estaban indicadas en obras tan lejanas (siglo XIII) como la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino quien, a su vez, se inspiraba en su maestro Aristóteles. Quizás se puede repetir la idea de que somos “enanos a hombros de gigantes” y de que los clásicos ya han tratado lo que consideramos grandes descubrimientos.

Sto. Tomás estudia (*S.T. parte I; cuestión 76*) si el alma es forma del cuerpo. Lógicamente, se pregunta si el cuerpo humano es el apropiado (*a.5*). Dice su texto: *“Como quiera que la forma no lo es por la materia, sino más bien la materia por la forma, a partir de la forma debe fundamentarse la razón de por qué la materia es de tal naturaleza, y no al revés. Pues el alma intelectual, en el orden de la naturaleza ocupa el más bajo lugar entre las sustancias intelectuales, debido a que no le es connatural el conocimiento innato de la verdad, sino que se ve obligada a desgranarla a través de los sentidos. Por otra parte, en lo necesario la naturaleza no le falla a ningún ser. Por eso, sería necesario que el alma intelectual no solamente tuviera la facultad de entender, sino también la de sentir. Pero como quiera que la acción de sentir no se puede llevar a cabo más que por medio de un órgano corporal, por eso se precisa que el alma intelectual se una a un cuerpo constituido de tal manera que pueda servir convenientemente de órgano a los sentidos.”*

Con este texto, Santo Tomás nos muestra que el hombre es un alma y un cuerpo, y que ambos se necesitan. Anteriormente, Aristóteles lo enunciaría como co-principios. Es decir, nuestro conocimiento empieza por lo sensible. Es por tanto que no somos almas encerradas en cuerpos materiales (Platón), sino que necesitamos de lo sensible para conocer, con lo cual el alma necesita un cuerpo capaz de captar lo sensible. Pero no es por ello inferior. Me explico: el alma necesita de un cuerpo para conocer, porque el conocimiento de la verdad no nos es innato, ya que el alma intelectual (pudiéramos decir *nuestra alma*) es de las sustancias inmateriales, la inferior. Es decir, el alma no se reduce en su grandeza, por llamarlo así, al necesitar un cuerpo. Antes bien, el cuerpo humano es el más perfecto de los cuerpos tanto animales como vegetales. Es, por tanto,

que el alma intelectual necesita un cuerpo de acuerdo a ella. Es más, por ello es por lo que Sto. Tomás afirma que sólo se puede sentir por medio de un órgano corporal, y por esto se precisa que el alma intelectual se una a un cuerpo de manera que éste mismo pueda servir de órgano a los sentidos o bien diríamos, como un medio para poder conocer.

Para profundizar en la perfección del cuerpo humano, recurriré a un concepto filosófico: *la gran cadena del ser* (Lovejoy). Ésta teoría afirma que todos los seres están ordenados dependiendo de su grado de perfección. Desde el inferior hasta el superior se encontrarían los objetos materiales, los vegetales, animales, el hombre, los ángeles y Dios. De este modo, nos damos cuenta el hombre está justo en la mitad: está constituido por materia (como un animal, vegetal o un objeto) pero además posee un alma que le hace estar entre lo material y lo inmaterial, entre los seres no conscientes y la divinidad. Es por ello, que el cuerpo humano es el más perfecto de los cuerpos materiales, ya que lo formaliza un espíritu, y sólo los ángeles y Dios están por encima de él.

Por otra parte, el alma espiritual se une al cuerpo porque sólo puede realizar una operación más propia (conocer) a partir de los datos que proporcionan los sentidos (lo que suele llamarse *abstracción*). Pero, ¿es adecuado el cuerpo del hombre para su alma espiritual? Así lo sugiere en la 4ª respuesta a los argumentos en contra: *“el alma intelectual, porque puede abarcar lo universal, tiene capacidad para lo infinito. Por eso la naturaleza no podía imponerle determinadas estimaciones naturales, ni tampoco determinados medios de defensa o de abrigo como a los otros animales cuyas almas tienen capacidad de percepción y otras facultades para otras cosas particulares. Pero en su lugar, el hombre posee por naturaleza la razón y las manos, que son órgano de los órganos (cf. Aristóteles, libro 3); por las que el hombre puede preparar una variedad infinita de instrumentos para infinitos efectos.”*

En este texto el filósofo dominicano hace referencia a las manos afirmando que, como el alma intelectual tiene capacidad para lo infinito, de alguna forma esa “infinitud” debe manifestarse en el cuerpo, y es por tanto que queda reflejada en nuestras manos y en nuestra razón. Nuestras manos pueden fabricar infinitos instrumentos para infinitos efectos. Es decir, de alguna manera son infinitas, universales en cuanto que pueden fabricar instrumentos. La razón, por otra parte, y tomando como ejemplo la memoria, es infinita: nunca acaba de llenarse, no se agota. Si la mano no tuviera esa potencialidad, esa apertura, se haría realidad que el cuerpo es *“una cárcel”*: si no existieran manos el hombre no podría crear el mundo humano. La debilidad del instrumento es el origen de su poder.

5– Conclusión

El hombre es una unidad, y por tanto debe ser estudiado desde distintos ámbitos de la realidad, sin caer en la falsedad de afirmar que el hombre sólo es uno de éstos ámbitos. Por tanto, ciencia, filosofía y religión deben complementarse, porque cada una de ellas estudia una parte, un ámbito, del hombre. Debe haber una armonía de saberes. Es decir, tener en cuenta que cada modo de saber se especializa en un ámbito de la unidad (hombre) y que por tanto no pueden hacerse absolutas. Con esto me refiero a que cada modo de conocimiento debe respetar los otros y no negarlos, afirmándose a sí mismo como único conocedor de dicha unidad.

Por otra parte, y centrándonos en el origen del hombre, el evolucionismo, como teoría científica, sólo estudia la evolución del hombre biológicamente. Sin embargo, es necesaria la existencia de un Ser superior que sea causa de nuestra inteligencia, así como de nuestra voluntad (libertad), ya que ambas son inmateriales, y por tanto no pueden haber sido causadas por algo material. Y si afirmamos esto último, llegamos inexorablemente a la conclusión de la existencia de un Ser superior como causa de nuestra inteligencia y voluntad. Así transcurre la ya mencionada complementación: el hombre tiene una dimensión material, estudiada por la ciencia; y una dimensión espiritual (no referida expresamente a religiosa), que a su vez es estudiada por la religión y filosofía.

Por último, Santo Tomás nos hace ver como las manos son la representación material de lo universal inmanente en el hombre y de como nuestra alma necesita nuestro cuerpo, que es el más perfecto, para conocer.

6– Bibliografía

- Aranguren, Javier. “Antropología filosófica”. McGrawHill, Madrid; 2003.
- Aranguren, Javier. “El lugar del hombre en el universo”. EUNSA, Navarra; 1997.
- Aristóteles. “Acerca del Alma”. Madrid; 1978.
- Artigas, Mariano. “Ciencia y religión. Conceptos fundamentales”. EUNSA, Navarra; 2007.
- Darwin, Charles. “El origen de las especies” → (1)
- Daniel Turbón & Mariano Artigas. “Origen del hombre. Ciencia, filosofía y religión”. EUNSA, Navarra; 2007.
- Gehlen, A. “El hombre”. Salamanca; 1978.
- Haught, J. F. “Science and Religion. From Conflict to Conversation”. Paulist Press, New York; 1995.
- Howell, F. C. “Hombre prehistórico”. LIFE: Colección popular; 1969.
- Juan Pablo II. “Fides et Ratio”; 1998. → (2)
- Lovejoy, A. O. “The Great Chain of Being”. Harvard University Press; 2001.
- Polo, Leonardo. “Quién es el hombre. Un espíritu en el tiempo”. Rialp, Madrid; 2001.
- R. Leakey & R. Lewin. “Origins”. E. P. Dutton; 1997.
- Sto. Tomás de Aquino. “Suma Teológica”. → (3)

- “El origen del hombre”. GOYA, Madrid 2007 (material audiovisual).

Páginas web de consulta:

- (1) <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/13559620212026495222202/index.htm>
- (2) <http://www.filosofia.org/mfa/far998a.htm>
- (3) <http://hjj.com.ar/sumat>
- <http://platea.pntic.mec.es/~macruz/neander/ritual.html>